



Mi fantasma preferido es un texto casi olvidado, cuya pista persigo desde hace años. Apesar de su aspecto fantasmagórico, es tan real como el sueldo que percibo por seguirle los pasos. Su última reaparición ha sido muy reciente. Era un cadáver textual, caído en combate durante la Guerra Civil española, pues el códice del que formaba parte, escrito en el siglo X en la España musulmana, había sido utilizado en las trincheras de la Ciudad universitaria de Madrid. Gracias a copias manuscritas y a fotografías tomadas en el año 1914 ha visto ahora la luz en Alemania. Contiene el texto del libro de Rut y de otros libros bíblicos en la versión latina más antigua, la llamada “Ítala”, que debiera llamarse “Afra”, pues fue realizada en Africa en el siglo II o III d.C. A punto estuvo de perderse totalmente, desplazada por la traducción de la Vulgata, más fiel al texto hebreo y de más elevado estilo.

Los *disiecta membra* de la antigua versión se han conservado en lugares perdidos, lejos de los grandes centros culturales en los que se impuso la versión rival. Así, en los libros de los Reyes su texto se encuentra sólo en notas escritas al margen en algunos códices de León, de los siglos IX o X, asimismo en el texto borrado de un palimpsesto de Viena del siglo VI, o en citas de estos libros que un obispo del siglo IV, Lucífero de Cagliari, incluyó en su obra *De non conueniendo cum haereticis*.

Con este texto latino se puede reconstruir su original griego, no menos fantasmagórico, pues sólo ha dejado huellas en cinco manuscritos en escritura minúscula, conservados en bibliotecas de Roma, París, Londres y Moscú. Son copias muy tardías, de época medieval,



hechas entre los siglos X y XV. Pero su texto procede de Siria, donde está atestiguado ya en el siglo IV. Corresponde al de la famosa versión “de los Setenta”, que debió ser realizada en Alejandría en torno al siglo II a.C. Todos los demás manuscritos conocidos, incluidos los grandes y lujosos códices unciales –en letras mayúsculas– de los siglos IV y V, ofrecen un texto en gran medida “recensionado”, es decir, corregido para actualizar su estilo y hacerlo también más conforme al texto hebreo conocido en la época. Como puede verse, nuestro fantasma nos obliga a efectuar

continuos saltos de unos siglos a otros, antes y después de nuestra era; nos lleva también a recorrer toda la geografía y el mapa lingüístico del mundo antiguo. Su rastro aparece en manuscritos –algunos todavía inéditos– de traducciones a las lenguas de los países más recónditos, al armenio y al georgiano e, incluso, a dialectos del copto en algunas raras coincidencias. Nuestro espectro nos conduce, finalmente, a las cuevas de Qumrán, donde se ha encontrado la famosa biblioteca de los esenios. En algunos manuscritos hebreos de estas cuevas se puede leer un texto muy similar a aquel sobre el que se hizo la versión griega de los libros históricos de la Biblia.

De este modo se completa el rastro que nos ha llevado de su pesquisa más reciente en latín, a otros vestigios anteriores en griego y, por último, a los originales en hebreo desconocidos hasta hace poco. Ahora sabemos que algunos libros de la Biblia fueron publicados en sucesivas ediciones “corregidas y aumentadas”. La traducción griega de los Setenta fue hecha sobre la primera edición, pero su texto fue luego “corregido” para adaptarlo a la segunda edición hebrea, que entretanto había adquirido el marchamo de “autorizada”. Resulta de este modo que el texto griego original se encuentra sólo en variantes de aquellos manuscritos tardíos de origen sirio y en lecturas de las versiones antiguas al latín, al armenio o al georgiano.

En la historia de transmisión de los textos antiguos y modernos fenómenos de este tipo no son tan raros e insólitos como pueda parecer. Un buen ejemplo es el de las vicisitudes del que pudo haber sido el discurso de Einstein de recepción del premio Nobel de Física en el año 1921. El famoso científico no asistió a la ceremonia de entrega en Estocolmo, por hallarse en Japón, donde

pronunció por aquellos días en la Universidad de Kyoto una conferencia en alemán de la que no dejó ningún escrito ni apunte. Un discípulo suyo japonés tomó notas muy detalladas que publicó dos años más tarde en japonés. Pasados sesenta años este texto fue publicado en traducción inglesa, en la revista *Physics today* (8/1982), y un año después apareció la versión alemana realizada sobre el texto inglés.

Después de tantas vueltas –del alemán al japonés, de éste al inglés y, finalmente, de nuevo al alemán– tratar de reconstruir la expresión exacta del discurso de Einstein tendría seguramente algo de fantasmagoría, pero las diferentes traducciones publicadas no dejan de constituir un importante documento para la historia de la física moderna, pues Einstein exponía en él los

caminos por los que llegó a sus teorías de la relatividad general y especial.

Lo más persistente de un texto suelen ser sus topónimos, como lo más duradero de una lengua es la toponimia. Tal es el caso de la ibera, celta o árabe en nuestra península. Siguiendo la trayectoria de mis fantasmagóricos textos, me sorprendió sobre todo un nombre de lugar en el palimpsesto de Viena: *Aseroth*. Existe una población con este nombre en el desierto del Sinaí, pero el texto latino se refiere a otro lugar y a otra época: al sitio de una batalla que el rey Joás de Israel sostuvo a comienzos del siglo VIII a.C. contra los arameos. Un día caí en la cuenta de que este nombre figura entre los citados en varios óstraca hallados en excavaciones arqueológicas en la capital del antiguo reino de Israel. La

población aludida se sitúa efectivamente al Oriente de esta ciudad y estaba habitada en el siglo VIII a.C.

Así pues, dos testimonios distanciados por más de un milenio –unos óstraca en escritura fenicia y un palimpsesto de la *Vetus latina*– se alían para dar cuenta de una batalla que, según el texto tradicional de la Biblia hebrea, tuvo lugar en Afeq, pero que, de seguir estos textos un tanto espectrales, sucedió en otro lugar emplazado más al Este. Tirando de este hilo se descubren nuevas coincidencias o se plantean nuevas cuestiones que permiten seguir los desplazamientos de la huella de este espectro milenario, cuya existencia real ha quedado probada tras el descubrimiento de los manuscritos de Qumrán.